

at/28

II E examinado ya en dos artículos anteriores publicados en estas mismas páginas, la opinión de Martí sobre Norteamérica y sus hombres y los temores que le asaltaban y los peligros que preveía y sobre los que daba la voz de alerta, de que se tratara de realizar una unión entre la América Inglesa y la América Latina que resultara a la postre una absorción y una explotación de la segunda por la primera.

Para completar la visión de Martí sobre nuestro Continente, voy, en este artículo, a poner de relieve el hondo y efusivo cariño que Martí siente por los pueblos de la América latina, por la que él llama "nuestra América" y "madre América", para la que tiene todos sus amores, y considera a todos sus pueblos como patria común de cada uno de ellos. Raro es el país latinoamericano al que no dedica las más efusivas muestras de su cariño y sus simpatías.

La liberación total de las Antillas constituyó el propósito de Martí al formar en 1892 el Partido Revolucionario Cubano, con el objeto de lograr "la independencia de Cuba y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico". Ambos fines e ideales estuvieron siempre unidos no sólo en el corazón de Martí, sino que se tradujeron también en su labor de propaganda revolucionaria en los diversos países de América por él visitados. La revolución cubana se inició más bien como una revolución Antillana, en la que Cuba era la hermana mayor y el centro de las operaciones militares, desde donde sería más fácil extender después e intensificar la revolución a Puerto Rico, la hermana menor. La muerte irreparable de Martí, en los comienzos de la lucha armada, vino a cambiar por completo el plan por él ideado en lo que se refiere a Puerto Rico. Al nuevo Delegado del Partido Revolucionario, Estrada Palma, no le preocupó para nada la suerte de la Isla hermana y desgraciada, que aun no ha alcanzado su libertad y es hoy víctima y ejemplo elocuente y desgraciado del imperialismo sistemático que los Estados Unidos vienen desarrollando desde hace más de un siglo, dirigido hasta hace poco exclusivamente contra las naciones iberoamericanas y hoy en día encaminado a imponer una hegemonía mundial yanqui.

Con visión americanista excepcional, americanista de la que él llamaba "Nuestra América", consideró Martí que la independencia de Cuba y Puerto Rico era algo más trascendental que la libertad de las dos islas hermanas. "Es un mundo, dice, lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar". Y agrega: "La libertad de Cuba es el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre y la dignidad de la República Norteamericana."

¡Y Puerto Rico yace hoy esclavizada por los propios Estados Unidos!

Las tres Antillas estuvieron siempre juntas en el corazón de Martí, porque él consideraba que "las tres Antillas han de salvarse juntas o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable, las tres hermanas, que de si-

267

glos atrás se vienen cambiando los hijos y enviándose los libertadores, las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo . . . las tres islas que, en lo esencial de su independencia y en la aspiración del porvenir, se tienden los brazos por sobre los mares y se estrechan ante el mundo, como tres tajos de un mismo corazón sangriento, como tres guardianes de la América cordial y verdadera, que sobrepujará al fin a la América ambiciosa, como tres hermanas."

Y en su famosa carta al gran dominicano Federico Henríquez y Carvajal, escrita en Montecristi el 25 de marzo de 1895, al partir con Máximo Gómez para los campos de Cuba libre, carta que se considera como el testamento político de Martí, revite:

"Las Antillas libres, salvarán la independencia de nuestra América y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo."

En esa misma carta, habla de Santo Domingo, en esta forma:

"De Santo Domingo ¿por qué no le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Usted no es cubano, y hay quien lo sea mejor que usted? ¿Y Gómez no es cubano? ¿Y yo qué soy y quién me fija suelo? ¿No fué mío, y orgullo mío, el alma que me envolvió y alrededor mío palpité a la voz de usted, en la noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquéllo, y va con aquéllo. Yo obedezco, y aun diré que acato, como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre el mar, a sangre y cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino".

A Centro América dedica todo un discurso, en el que ensalza sus glorias y sus bellezas:

"Como en andas de flores se levanta, colgada de granadillas e hipomeas, la tierra de esmeralda y plumas, donde, al espejo de sus lagos y al incensario de sus volcanes, crecen en el combate y en la fatiga, según lo manda la naturaleza, las cinco Repúblicas de Centro América, como un soló hogar. Por aquellos ríos han apagado la sed, en la cuenca de una hoja, muchos viadores de la libertad; de aquellos arriates ha tomado mucha flor para el pasajero doloroso la niña de la casa; para la vida y la poesía ha sacado fuerzas mucho peregrino de aquel aire purificado por el fuego; de debajo de un apaga-velas salen, desperezándose y tundiéndose, cinco países cuyo parentesco será más poderoso que la pócima de ira con que les alborotó las venas el conquistador; ¡aquí venimos, en nombre de todos los agradecidos, a ceñir con una guirnalda de corazones las banderas que no se han manchado con más sangre que aquella que es ley que se derrame, por la ferocidad inevitable de la vida, en los bautizos de la libertad!"

De tres repúblicas centroamericanas habla en particular en varios de sus trabajos: de Honduras, Costa Rica y Guatemala.

De los problemas de Honduras se preocupa y de la invasión yanqui allí:

209

“De tiempo atrás venía apenando a los observadores americanos la imprudente facilidad con que Honduras, por sinrazón visible más confiada en los extraños que en los propios, se abrió a la gente rubia que con la fama de progreso le iba del Norte a obtener allí, a todo por nada, las empresas pingües que en su tierra les escasean o se les cierran. Todo trabajador es santo y cada productor es una raíz; y al que traiga trabajo útil y cariño, venga de tierra fría o caliente, se le ha de abrir hueco ancho, como a un árbol nuevo; pero con el pretexto del trabajo y la simpatía del americanismo, no han de venir a sentársenos sobre la tierra, sin dinero en la bolsa ni amistad en el corazón, los buscavidas y los ladrones.”

De Costa Rica dice:

“No será Costa Rica entre las Naciones de América, la que llegue a la cita de los Mundos, harto próxima para no disponerse a ella, sin el desenvolvimiento y persona nacional indispensable para mediarle en salvo con el progreso invasor . . .

tierra que siempre defendí y amé por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva.”

Y pide a Don Pío Vaguez, a quien está dirigida la carta, de donde tomamos esas frases, y a sus amigos de Costa Rica, “que me permitan servirla como hijo”.

Sobre Guatemala, donde vivió y amó a

“La niña de Guatemala,  
la que se murió de amor”,

de su delicioso “cuento en flor” de los *Versos sencillos*, publicó en México en 1878 un folleto; en el que evoca recuerdos y cariños de su estancia en aquel país, celebra sus bellezas naturales y elogia a sus hijos ilustres y canta las virtudes de su pueblo “sincero y generoso . . . perezoso, vivaz y batallador; artístico por indio; por español terco y osado . . . bella y notable, fraternal y próspera, la tierra guatemalteca, donde el trabajo es hábito, naturaleza la virtud, tradición el cariño, azul el cielo, fértil la tierra, hermosa la mujer y bueno el hombre.”

“Anchos caminos, naturales esplendideces, bondadoso carácter, benévolo gobierno, inquietud por mejora y por riqueza; mujeres americanas y cristianas, hombres inteligentes y afectuosos, viejo arte, ansia creciente, señorial ciudad, deleitoso clima, pintorescos pueblos, seguro bienestar, fantástico crecimiento de fortuna; he aquí lo que a todo el mundo ofrece Guatemala, fertilísimo campo, California Agrícola.”

A Guatemala dedicó también Martí un artículo comentando el libro *Guatemala. La Tierra del Quetzal* de W. I. Bugham, que termina con estas palabras:

“¡El Quetzal del Quiché, enamorado de su belleza y albedrío, que muere cuando cae preso, o cuando se le quiebra la pluma verde de la cola.”

Muchas son las páginas que dedica al pueblo grande, valiente, cuyo amor a la libertad e innata rebeldía a toda imposición externa e interna, le dan fuerza vital extraordinaria, ayer como hoy, a México, cuyas caídas son triunfos y sus defectos virtudes.

“México no yerra—dice—y se afianza y agrega, mientras se encona y descomponen los vecinos del Norte.”

Comprende Martí que en sus indios, está su libertad y su fuerza:

“En México, como en Guatemala y en Chile, hay indios puros que no se han rendido jamás. Sus cabellos son águilas y sus ojos son flechas. Caen como una avalancha, lancean el aire y desaparecen. A lo lejos se ve, por entre la polvareda, el dorso del jinete, echado sobre el potro, y la línea del monte. El general Escobedo, que luego había de prender en Querétaro a Maximiliano, andaba en apuros por la frontera, y fué a tratar con el cacique libre y a pedirle su ayuda contra el emperador. ¿Y por qué, cacique de dos colores,—le respondió el indio—me pides que te ayude en una guerra que no es contra mí? Tus blancos trajeron a ese blanco barbón; peléenla tus blancos. Tú te sometiste; echa a tu amo tú. Yo no me sometí; yo no tengo amo.”

“Y esa es, en verdad, el alma de México, que hace bien en deshelar, como deshiela ahora, la raza india, donde residen su libertad y su fuerza; esa es la luz que se ve brillar en los rostros, de blancos y de mestizos y de indígenas; esa la que brilla sobre los pabellones que cuelgan del balcón y sobre el traje de cuero de los rurales invencibles, y sobre la insignia que las mujeres ostentan al pecho el día en que, juntos los hijos de los marqueses y los léperos, van los mexicanos a cubrir de flores y a honrar virilmente, con la pasión indómita de su independencia, el monumento, hecho de manos mexicanas, donde la patria llora abrazada a los pies del cadáver del indio Juárez. ¡Hasta ahora no había América—hasta que los marqueses lloran por el indio! ¿Qué hablan los ignorantes de los pueblos de nuestra América? Estudien y respeten. Cada año es más entusiasta en México el día 18 de Julio. Y es que la tierra mestiza anuncia al mundo codicioso que ya es nación el indio solo de los treinta fieles, que, con meterse por el monte a tiempo, salvó la libertad, y la América acaso; porque un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército. Es que México ratifica cada año ante el mundo—con su derecho creciente de república trabajadora y natural—su determinación de ser libre. Y lo será, porque domó a los soberbios. Los domó Juárez, sin ira.”

Y en un discurso saluda en México “a un pueblo que fundió, en crisol de su propio metal, las civilizaciones que se echaron sobre él para destruirlo! Saludamos, con las almas en pie, al pueblo ejemplar y prudente de América . . . la República que viene a ser en América como la levadura de la libertad”, discurso que termina con estas palabras:

“Como los guerreros de manto y penacho de diversos climas se juntaban al pie del ahuehecete, a jurar su ley al árbitro imperial, las Repúblicas agradecidas de América, con palmas invisibles y flores selladas con el corazón, se juntan alrededor de la bandera mexicana!”

En otro trabajo lo llama “la tierra de México, noble y entusiasta, donde prende toda idea amorosa, donde arraiga todo extraordinario sentimiento.”

A problemas mexicanos dedica tres artículos: *El Tratado comercial entre los Estados Unidos y México, México en 1882, México, los Estados Unidos y Sistema prohibitivo.*

Y por último, de México dice justamente:

“Viví en esa tierra y fuí en ella tan amado como soy para ella Amante . . . Más ha hecho México en subir donde está, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo, de donde vinieron . . . y por ungida que esté, para los hombres libres la América en que nació Lincoln para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo, ni nos lo pue-

da tener a mal, es más grande, porque es nuestra y ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.”

De Venezuela dice en un discurso que pronunció sobre aquel país:

“Yo no sé qué me haya hecho más grato que el de admirar como hijo al pueblo por donde América mostró al mundo cómo la libertad vence desnuda sin más cureña que el lomo del caballo ni más rancho que recortes de cuero, al poder injusto que se socorre de las riquezas de la tiranía y del mismo ciego favor de la naturaleza; de venerar como hijo a la tierra que nos ha dado en nuestro primer guerrero a nuestro primer político, y el más profundo de nuestros legisladores en el más terso y artístico de nuestros poetas; de amar como hijo a la República donde las almas, a modo de espada de fábrica finísima, son todas de acero, que pica frente a frente, para quien les pellizca la dignidad o les rebana la tierra del país, y para el que de afuera va a pedirles techo y pan son todas puño de oro.”

Y siente por Venezuela tal cariño que:

“Con acentos que fueran a la vez como fulgor de rayo y como música de seda. quisiera yo sacar del relicario de mi pecho aquella tierna reliquia de la pasión que guardo en él para el pueblo que a la hora de la libertad puso en sus hombres la fuerza de los ríos con que echa atrás el mar, y el ímpetu, el fuego y el estrépito con que arrancaron a los seños de la tierra sus montañas; para el pueblo que pone en sus mujeres el alma nacarada y aromosa de su flor de café.”

Y así podríamos continuar extractando páginas y páginas de discursos y artículos de Martí en los que estudia problemas de las Repúblicas de la América nuestra, canta sus bellezas y sus héroes y abre las puertas de su corazón para que se desborde el cariño inmenso que siente por todas y cada una de las patrias americanas que para él eran como una sola patria: la Madre América.

